

Tiranía odiosa;  
 Vi al viejo de Téos,  
 De Baco las copas  
 Loando, y los juegos  
 De la cipria diosa;  
 De Venuso al vate,  
 Los furores ora  
 Airado increpando  
 De civil discordia;  
 Burlon ya los vicios  
 Riendo de Roma,  
 Y ya del buen gusto  
 Lecciones preciosas  
 Dictando, que admiren  
 Edades remotas.  
 Y al suave Laso,  
 Y al dulce Rioja,  
 Y al sublime Herrera,  
 Leones y Borjas,  
 Góngoras, Villegas,  
 Sotos y Argensolas.  
 «Sigue tú sus huellas,  
 Si fama ambicionas»,  
 Me dijo, y tendíome  
 Su diestra oficiosa.  
 Vé, musa, y de hiedra  
 Su cana sien orla,  
 Y viva más años  
 Que da el Mayo rosas,  
 Racimos Octubre,  
 Más que espigas blondas  
 En Julio el solano  
 Ardiente tremola,  
 Que copos Diciembre,  
 Y líquido aljófara

FIN DE LAS POESIAS DE DON JAVIER DE BURGOS.

Derrama en los prados  
 De Titon la esposa,  
 Cuando por las puertas  
 Del Oriente asoma,  
 Su carro arrastrando  
 Las rápidas horas.  
 Llenó ya, Batilo,  
 Al mundo tu gloria,  
 Y tu paz en vano  
 Perturbar blasonan  
 Rencor mal nacido  
 O envidia alevosa,  
 Abortos villanos  
 De ciega discordia.  
 En el entusiasmo  
 Ardiente te goza  
 Con que hoy tus amigos  
 Tu loor entonan.  
 Cual tú ostentan ellos  
 La constancia heroica  
 En que del encono  
 Las flechas se embotan;  
 Y esperan que el día  
 Brille en que lumbrosa  
 La verdad disipe  
 Del error las sombras;  
 Cual alzado Febo  
 Del seno de aurora,  
 De púrpura y nácar  
 Su sien ciñe roja,  
 Y eclipsa las luces  
 De miles de antorchas,  
 Que el fúlgido manto  
 De la noche bordan.

## DON JOSÉ SOMOZA.

NOTICIA BIOGRÁFICA, ESCRITA POR ÉL MISMO (1).

DON JOSÉ SOMOZA nació en la villa de Piedrahita, provincia de Avila, en 29 de Octubre de 1781.

Fueron sus padres don Ignacio de Somoza Carvajal y doña Juana Muñoz Barrientos, los cuales, cuando su hijo llegó á la edad de seis años, fueron á establecerse á Salamanca para estar á la vista de la educacion de aquél y de otro hijo mayor que estudiaba la filosofia en aquella universidad.

Pero ni su virtuosa madre, que murió cuatro años despues, ni el desconsolado padre, que le sobrevivió otros seis, pudieron ver fruto alguno de la educacion esmerada que habian procurado á DON JOSÉ SOMOZA: era desaplicado y aun vicioso; se acompañaba con la gente más perdida, vestia traje de torero, y sus ménos culpables pasatiempos eran la esgrima y el juego de pelota: por fortuna no tuvo aficion á los naipes, y hoy es el día que no conoce la marcha de ningun juego de cartas, pero habia abandonado varias veces la casa paterna y aun corrido algunas ciudades de España en compañía de estudiantes de la Tuna. Nada le habia aprovechado un instruído y virtuoso ayo que habian puesto á su lado, nada la sociedad más escogida que se reunia en casa de sus padres, ni la que por el verano traia la Duquesa de Alba al palacio de Piedrahita, y el recto y justo don Manuel José Quintana, que le habia conocido en Salamanca, la confesado despues que estaba persuadido de que pereceria en un cadalso el Somoza, á quien él hoy quiere tanto como se ve por la dedicatoria del cuarto tomo de las *Poetas selectas castellanas* (2). La orfandad en que se halló á los diez y seis años, cambió total y repentinamente sus costumbres. Dejó la universidad, y se vino á vivir con su hermano á la casa paterna en Piedrahita. Se encerró en la escogida librería de su padre, donde, ayudado de lo poco que habia aprendido de las lenguas extranjeras, se entregó á la lectura, á la meditacion, al verdadero estudio y á la soledad, con tanto ardor y pasion como ántes se habia dado á los desórdenes.

Así vivió hasta la edad de veinte años, sin que turbase su tranquilidad otro incidente que la célebre causa que la Inquisicion formó á los señores Cuesta de Avila, en que le hubieran envuelto sin la actividad y proteccion de la Duquesa de Alba, que le queria extraordinariamente.

Entónces fué á Madrid y fué bien recibido de los antiguos amigos de su padre, que se complacieron en ver la diferencia y enmienda que habia en su carácter y conducta, y no les pareció tan ignorante en las letras ni en las artes como le habian juzgado. Goya aplaudió alguna vez las

(1) Los originales autógrafos de esta noticia autobiográfica, escrita en Piedrahita, y de las poesias de SOMOZA (no pocas inéditas) nos fueron comunicados por nuestro ilustrado y bondadoso amigo el señor don José María Huet, cuya familia tuvo estrechas relaciones de amistad con SOMOZA. (Nota del Colector.)

(2) Merecen consignarse aquí las palabras que emplea Quintana para juzgar á SOMOZA, despues de llamarle el discípulo más querido y de mayores dotes, de Melendez:

«Hay en las sierras y soledades de Piedrahita un hombre que reúne al corazón más afectuoso y

sensible la razon más fuerte y despejada; que cultiva las Musas y la filosofia con ardor, y es dichoso con ellas, porque las cultiva para su propia felicidad, y no para la fama; que ha sabido despreciar los empleos y los honores por no dejar su retiro, y sacrificar este retiro al servicio público cuando ha sido menester; que sabe contemplar el espectáculo sublime que la naturaleza le presenta en su soledad, y sacar de esta contemplacion pensamientos grandes y profundos, sentimientos elevados y generosos, que él expresaria, si quisiera, con la energía de Ossian y con la pluma pintoresca de Thompson.» (Nota del Colector.)



caricaturas que hacia enredando con el lápiz ó la pluma en su estudio, y el severo Jovellanos soltó alguna vez la risa oyendo las canciones picarescas que cantaba á la guitarra, porque hacian un contraste singular con el sombrío y melancólico carácter que mostraba SOMOZA en su semblante. Lo que no pareció bien á ninguno fué su obstinada manía de no tomar carrera ni fijarse en Madrid, siendo su única pasión las letras y artes, y que prefiriese el campo un hombre á quien no gustaba ni la caza, ni la pesca, ni la agricultura, ni el manejo de su casa, ni los pleitos y chismes de lugar. Pero él, á pesar de todos, dejó á Madrid y volvió á Piedrahita para continuar viviendo como queda dicho, hasta el año de 1808, primero de la guerra de la Independencia. Entónces tomó las armas, y aunque tuvo que dejarlas pronto por no abandonar á su hermano enfermo y á su hermana viuda, eran tan conocidas sus ideas, que los franceses le atribuyeron la sublevacion del país y del regimiento Real extranjero, compuesto de suizos al servicio de España, que habian jurado á José, y despues en Piedrahita se insurreccionaron, desertándose más de doscientos á Ciudad-Rodrigo. Somoza fué presentado al general gobernador de Avila (el padre de Víctor Hugo), quien, al verle herido de un bayonetazo en un muslo (porque en efecto habia hecho resistencia), se contentó con exigirle palabra de no tomar las armas ni ausentarse de la provincia, la que cumplió fielmente; mas no por eso dejó de padecer persecuciones, prisiones y multas en toda la serie de la invasion francesa.

Meléndez, que habia sido su maestro, y el Conde de Cabarrus, amigo de su padre, se empeñaron en favorecerle con la mejor fe del mundo.

Fué nombrado subprefecto, pero renunció, y el ministro Almenara, en el oficio de admision de la renuncia, le dice: *Su Majestad espera de usted que sea en adelante un súbdito tranquilo y obediente á los reales decretos.*

Tambien le habian llamado los amigos que estaban en Cádiz, pero él no se movió del lado de su hermano enfermo, hasta que el gobierno constitucional vino á Madrid, que entónces hizo un corto viaje á aquella capital.

Nada tuvo que sufrir en la reaccion política de 1814, hasta que una carta que le dirigió el arcediano de Avila, Cuesta, emigrado en Paris, fué interceptada y presentada á Lozano de Torres, ministro de Fernando el Sétimo. Su casa fué allanada, sus papeles registrados, y él llevado en arresto á Madrid; pero se sobreseyó en la causa por no resultar complicidad alguna de parte de SOMOZA.

En 1820, restablecido el régimen constitucional, fué nombrado jefe político de Ávila, y aunque renunció, S. M. le repitió la orden de ejercer el destino, al ménos hasta que se verificasen las primeras elecciones de diputados á Córtes. Realizadas éstas á los seis meses, repitió la renuncia, y no siendo admitida, se trasladó á Madrid, en donde su dimision fué al fin aceptada por el ministro Argüelles, que le condecoró, al admitírsela, con la cruz de Carlos III, la cual jamas quiso llevar, diciendo que le era vergonzosa una condecoracion dada por un ministro que no tenia ninguna.

Al caer la Constitucion en 1823, fué preso y llevado de Piedrahita á la cárcel pública de Avila, cárcel que él habia hecho mejorar siendo jefe político; pero eran tantos los presos cuando él y su hermano entraron, que no les tocó otro albergue que la carbonera del edificio. De allí salieron á los cuatro meses. Su hermano habia cegado, y él habia contraido un penoso mal de piedra; y no fueron por cierto de los peor librados entre los que salieron de las garras del cura Merino. Otra causa militar le formó posteriormente el general San Juan, de Badajoz, pero tampoco tuvo otras resultas que la de una prision dilatadísima.

En 1834 fué nombrado procurador á Córtes por Avila, y en 1836 diputado por la misma para las Constituyentes.

En 1838 no pudo ser senador porque no tenia la renta. Siempre ha vivido soltero, y no porque aborrezca á las mujeres.

Siempre ha estado en compañía de su hermano mayor don Juan Somoza, que murió en 1829, y desde entónces sigue en la compañía de su hermana doña Mariantonia, de edad de setenta y tres años. Reside y es vecino en Piedrahita, habitando la casa y el cuarto en que nació cincuenta y ocho años hace, lo cual tiene él á gran felicidad y mira como prueba de que las revoluciones de este medio siglo no son tan destructoras como las de otros tiempos.

Tiene escrito bastante en verso y prosa, pero sólo se han impreso un cuaderno de poesías en Sevilla, publicado por don José Nuñez en 1832, otro por don Manuel Calero, en Madrid, en 1854, y

un suplemento á los dos, por el mismo Calero, en 1855. En prosa sólo hay impresas las *Memorias de Piedrahita*, dedicadas á su ahijada doña Ramona del Acebal y Arratia, impresas en 1857, y repartidas á sus amigos, lo mismo que la *Carta sobre el duelo*, impresa en el presente año de 1859 (\*).

(\*) Como complemento de las noticias biográficas que anteceden, nos parece oportuno publicar la siguiente carta, de carácter íntimo, que honra las prendas morales de SOMOZA. Á ello nos autorizó la señora doña Paula del Acebal y Arratia de Huet, á quien fué dirigida:

«Setiembre 25, 1847.

«Recibí la del 21, y autorizo á usted y á esos señores Pacheco y Masarnau para hacer lo que quieran con mi biografía, bajo la inteligencia de que los hechos son ciertos y hay testigos. Tampoco hay inconveniente en que ustedes añadan (con verdad) acciones que puedan servir de contrapeso á la vida del hombre malo. La primera fué ceder una capellanía de sangre, que yo poseia como segundo hijo, á un sacerdote pobre para que mantuviese á su madre, criada de casa en mi infancia. Otra y mejor, fué salvar la vida y dar asilo oculto en mi casa á un caballero maestrante con quien nuestra familia estaba en pleito y mortal enemistad desde el tiem-

po de mis padres, y á quien en el año de 1808 buscaba una partida de guerrilla en Piedrahita para asesinarle. (Nota: el abuelo de la Paz García, bien lo sabe ella.) Cuando, por muerte de mi hermano Juan, heredé lo vinculado, repartí entre mis sobrinas la mayor parte de lo libre, que consistia en una cabaña lanar, diciendo á los que lo juzgaban imprudencia, que el querer ser muy rico me parecia tan absurdo como el querer ser muy gordo el que tiene unas carnes regulares.

«Desde 1834, que salí de las cárceles y de las persecuciones, no sólo he perdonado, sino protegido, á todos mis delatores y dañadores, no sólo como alcalde cuando lo he sido, sino como vecino influyente de Piedrahita, y esto quisiera yo que se estampase para que ellos lo leyesen, que á buen seguro que lo desmienta nadie.

«En fin, si quieren ustedes piropos, no hay más que copiar la dedicatoria del señor don Manuel Quintana. Pero todo esto, en tal caso, no debia ser yo quien se lo dijese á Ochoa en las notas biográficas que me pide..... — JOSÉ SOMOZA.»

## RECUERDOS É IMPRESIONES DE SOMOZA.

### UNA MIRADA EN REDONDO

Á LOS SESENTA Y DOS AÑOS (1).

¿Qué he visto? ¿Qué he aprendido? ¿Qué he hecho en este tiempo?

He visto variar de forma los gobiernos, las leyes, las ideas de casi toda la Europa, de la América entera, y del África y del Asia desde Argel hasta la China.

He aprendido que los hombres saben lo bastante ya para querer gobernarse, y pensar en estar bien; pero no lo suficiente para verificarlo. Que en ciencias y en artes útiles han dado un vuelo asombroso sobre todos los siglos conocidos. Que en costumbres (por lo mismo) mejora la humanidad; que habrá en el mundo ménos antropófagos, ménos terrenos incultos, ménos pantanos infectos, ménos bosques desiertos y mares impracticables y desconocidos; ménos causas, en fin, de inercia, de ignorancia, de miseria y mal. Viniendo ahora á tratar de lo que he hecho, tendré que extenderme mucho, porque no habiendo hecho nada, quiero dar la razon de

(1) Para que pueda formarse cabal concepto del carácter de SOMOZA, publicamos este curioso artículo, que el mismo dió á luz en Salamanca el año de 1843, esto es, nueve años antes de su muerte, ocurrida en Piedrahita el 4 de Octubre de 1852.

Tambien insertamos algunos otros de esos brevísimos bosquejos de sus pasadas impresiones, en los cuales tan claramente resplandecen su espíritu observador, su sensibilidad y el natural desembarazo de su estilo. (Nota del Colector.)

no haberlo hecho. Á pesar de que mis padres se esmeraron en darme una excelente educacion, por cierto, tengo que confesar que les di chasco. Preferí los ejercicios de fuerza y de accion á los intelectuales. Ni áun siquiera gané ningun año cédula de curso en las escuelas públicas, y si me la concedieron, fué por no dar á mi padre pesadumbre. Á estas horas no he tomado ninguna carrera, ni he ejercido ninguna profesion. Quisieron que tomase la eclesiástica, y diéronme capellanías de familia; pero muertos mis padres las cedí. Pensé que para ser clérigo tenia que ser demasiado virtuoso, si habia de vivir bienquisto. La jurisprudencia me pareció desde luégo una ciencia tan oscura y tan incomprendible para mí, que juzgué una indignidad y una insigne mala fe el ponerme á ejercerla.

Una vez me vi tentado á ser negociante en grande, de resultas de una conversacion que tuvo con mi padre el Conde de Cabarrús sobre su establecimiento de madera en Holanda. No me disgustaba el ser medio marino, el ser cosmopolita; mas cuando reflexioné que tenia que hacer cuentas, yo, que no he podido aprender la tabla de multiplicar, me negué á ser de los jóvenes empleados en la empresa. La carrera de las armas me deslumbraba á veces, y parecia ser la más conforme á mi vanidad pueril de valentía. Mi entusiasmo por esta cualidad fué tan desde niño, que preguntado por mi madre, á los cinco años, qué deseaba ser, respondí que torero, porque ha-



bia visto á Romero en la plaza con la espada en la mano recibiendo aplausos, y no sabía yo entónces, como lo supe despues, que el bueno del Sr. Pedro estaba pretendiendo renunciar la carrera de la gloria por una plaza de guarda de puertas.

No me deslumbró, por fin, la carrera militar, porque vi en ella luégo una alternativa odiosa de obedecer sin pensar ó de mandar sin razon. Por supuesto, el mandar á los hombres me ha parecido siempre el oficio más tonto y más mezquino de la sociedad; sólo el ser indispensable le puede hacer ejercer, pero el mandar en la guerra lo he juzgado un tormento para la honradez.

En tiempos escribí unas reflexiones sobre el heroísmo, y referí en ellas, hablando de Escipion, que es de los reputados por más justos y humanos (y literato ademas, que fué singularidad entre los antiguos héroes), una barbaridad de las que llaman un golpe de Estado. Supo Escipion que en la ciudad de Lucía, á una legua de Numancia, la juventud toda queria ir á auxiliar á los sitiados. Envía tropas para que se apoderen de cuatrocientos jóvenes inermes, y traídos á su presencia, ordena que se les corten las manos derechas. Y era el delito de estos españoles amar la gloria, la libertad, la patria, como Escipion mismo. Hay en la vasta ciencia de hacer mal, cálculos, pensamientos, invenciones más ó ménos repugnantes á la humanidad.

El que ideó la guillotina bien pudo ser de corazon humano; pero el que inventó el potro de tormento era un malvado necesariamente. Si la mutilacion de cuatrocientas manos inocentes fué un acto necesario al heroísmo, ningún hombre de bien puede ser héroe. Ni á los ojos de la razon puede haber tal heroísmo, es decir, grandeza y excelencia en virtudes cardinales, sino en guerra defensiva contra una agresion injusta. En Numancia, si hubo héroes, los ha habido en Zaragoza. Á los que no reconozco es á los héroes de oficio. Si al meteor de nuestra era, llamado Napoleon, en medio de sus triunfos y conquistas, todos los habitantes de la tierra le hubieran dicho simultáneamente: *Manda, y dejámos en paz*, estoy en que se hubiera disgustado. Cervantes, en el discurso de las armas y las letras, quiere dar á las primeras la preferencia de gloria, porque el fin de las armas es la paz, que es el mayor beneficio de la sociedad. ¡Ojalá esta solucion fuese tan cierta como es ingeniosa! Mas creo que la preeminencia de las armas sobre las letras, y aún sobre la virtud, en el vulgar sentir, consiste en que á la idea de grandeza unimos comunmente la de poder destructor é irresistible. Por este cobarde modo de apreciar la grandeza, el leon es el rey de los bosques, el águila el de los aires, y el centro del supremo Dios del cielo era el rayo vengador. Los griegos alzaron estatuas hasta á los luchadores y las prostitutas, porque la celebridad daba el mérito; mas las virtudes modestas nunca tuvieron la gracia suficiente para ser miradas sobre un pedestal. Aún hoy estamos muy atrasados sobre el particular. Las acciones más grandes, las más útiles, las más difíciles, las del valor pasivo, son poco admiradas, y el perdon de las injurias, el luchar con las pasiones, el vencerse á sí mismo, ¡vive Dios que suponen más valor que el andar al morro con los doce pares!

Concluida esta difusa digresion (que no será la última), vuelvo á tomar el hilo de mi historia y digo: que no sólo se me pasaban los años sin tomar carrera, sino sin tomar estado. Pero esto sí, confieso francamente, que era miedo y cobardía. ¡Veía tan pocos matrimonios que me pareciesen envidiables! ¡Veía tan pocos hijos que correspondiesen á la esperanza paterna! Y si

tódo ha de decirse, veía en mí tan pocas prendas de las esenciales para ser un buen padre de familia, que nunca me atreví á serlo, más por no hacer desgraciados que por no serlo yo mismo. Ademas, la época no me fué favorable; á los veinticinco años de mi edad comenzó la guerra de la Independencia, á la que ha seguido la revolucion y la guerra civil, y la han acompañado las emigraciones, los destierros, las prisiones, las pérdidas de bienes, que de todo me tocó algo. Si esta disculpa no es satisfactoria, aún tengo otra que dar. Un hermano enfermo, una hermana viuda, sus tres hijas aún sin colocar, formaban un grupo interesante, de que debía ser el centro y el punto de apoyo, por mi edad, por mi salud, por mi independencia misma, y así no quise separar entónces ni mi persona ni mi capital de esta amable compañía. Ella me lo ha agradecido, y el público de mi época tambien lo ha tenido á bien: prueba de que fué bien hecho. Pero como esta memoria que voy escribiendo debe ser franca y verídica, no quiero dejar de confesar aquí que, aún cuando no hubieran mediado ellos, para mi justos motivos de permanecer soltero, quizá no hubiera mudado de estado. Habia yo tomado miedo y aversion al matrimonio, porque tenia presente el de mi maestro Melendez, enlazado con una mujer de las que el público no puede juzgar malas, y son, á pesar de esto, intolerables..... (1).

Ya tendrán curiosidad de saber los lectores (se entiende los que gustaren de que les hable de mí) cuáles han sido las inclinaciones, las ocupaciones y las distracciones mías. Respondo que las de todos los demas, excepto cazar, jugar y pretender. La poesia, música y pintura me han tenido en el paraíso. El campo ha sido y es mi amigo íntimo, y así no hay una sombra, un soplo de aire, un ruido de hojas ó aguas que yo no sepa entender y apreciar. Pero ¡cosa rara! el campo que no es de mi país, no es comprensible para mí, ni me da casi placer. En cuanto á ocupaciones económicas, mi capital, como el de mis hermanos, poca administracion ha necesitado, como que ha consistido en ganados y rentas: mi buen hermano cuidó de él mientras vivió, y mi hermana ha tenido la misma bondad. Hasta ahora siempre he tenido personas que se interesen por mis bienes mejor que yo mismo. Codicia no he tenido todavía, ni tampoco he caido en el vicio contrario de apetecer para dar. Tuve ocasion, por fortuna, de convenirme con tiempo de que la enfermedad de la beneficencia llega á hacer la desgracia de mucha gente buena. La Duquesa de Alba la padecia, y era preciso ocultarle el dinero, como á los hidrópicos el cántaro del agua. No tenía fuerza bastante para reflexionar que todo el oro del mundo es insuficiente contra la multitud de males y calamidades que es preciso ver ú oír, y que no es con el oro solamente con lo que se pueden hacer beneficios. Una mirada, un saludo, una sonrisa, una lágrima suelen ser de un valor infinito en ocasiones. Conocí aquí á un buen hombre, el tío Moron, que no habria dado, ni podido dar nunca, una peseta, y era el emblema de la beneficencia, y me atreví á asegurar que gozaba más que yo los placeres de ejercerla. Siempre que me le encontraba iba haciendo algun bien; ya cerrando una angarilla que se dejaron abierta, ya dirigiendo el agua al huerto de una viuda que estaba enferma, ya antecogiendo las reses que estaban haciendo daño en un sembrado, ya con un niño en los brazos que

(1) Aquí suprimimos un trozo curiosísimo, relativo á la esposa de Melendez Valdés, porque ya lo publicamos, en nota, en el *Bosquejo histórico-crítico* que se halla al frente del primer tomo de esta coleccion (pág. cxxxviii). (Nota del Colector.)

se habia extraviado. Un dia le ví venir por un arroyo arriba con unas telas al hombro, mientras que una jovenita corria hácia él llorando y repitiendo: «¡Dios se lo pague á usted, tío Moron!» Á lo que la gritó él: «¡Mira que ya van dos, que tambien el otro dia te recogí las madejas que te llevaba el rio! ¡Tú, ó eres muy dormilona, ó traes quebradero de cabeza!» Y la chica cambió el llanto en una carcajada. Hay que evitar en la virtud de la beneficencia el acaloramiento de la compasion, que no sólo expone á hacer inútil y estéril el bien, sino á ocasionar males de consideracion. Ejemplo: el célebre arcediano de Ávila, don Antonio de la Cuesta, era muy benéfico; pero su rectitud, y su talento, y sus profundos estudios no han evitado que sea más crédulo, inexperto y fácil de engañar á los sesenta años, que cualquier niño á los doce. Todas las mujeres públicas de París, Madrid ó Cádiz estafaban y sacaban proteccion á un hombre cuya pureza hubiera dejado mal á la cortesana griega que apostó á hacer pecar á todos los filósofos. Me contó su primo Serna que un dia, estando de huésped en su casa el arcediano, solicitó hablarle cierta buscona, que se suponía viuda de un oficial de mérito. Entró el criado de Serna á avisar al arcediano, y éste, que no consentia que en su cuarto entrasen hembras, salió á hablarla á la antesala, diciendo al criado que les dejase solos. La señora, por supuesto, le declamó un patético romance que hizo derramar lágrimas á nuestro buen amigo. Echó mano al bolsillo para socorrer á esta nueva Lucrecia, pero el bolsillo de Cuesta estaba generalmente tan limpio como su alma. Por fortuna vió dos onzas que estaban sobre una mesa, las que la dió, disculpándose de la escasez del socorro, pero exhortándola muy elocuentemente á la perseverancia en la virtud. Cabalmente estas dos onzas las habia dado Serna á su criado para el gasto de casa, y el honrado doméstico, que las estaba apuntando en su membrete de cuenta cuando llamó la dama, no creyó, ni por el pensamiento, cuando volvió á buscarlas, que el arcediano las hubiese tomado, ni la dama habia entrado en dicha pieza hasta que estaba en ella el arcediano. Así el pobre muchacho, convencido de haberlas perdido, se lo confesó á su amo, pero éste no lo creyó, ni era fácil de creerlo cuando él mismo confesaba que no habia salido de casa, por lo que Serna despidió al tal jóven, que si no era ladrón, era incapaz. Pasados algunos dias preguntó Cuesta á su primo por aquel doméstico, á quien queria mucho, y no veía ya en la casa. No se le dé á usted nada, le dijo Serna, y le contó el motivo de haberle despedido. Imposible, dijo Cuesta; aquella fisonomia no puede haberme engañado; y tomó su defensa con calor. En la conversacion vino á aclararse que el suceso habia ocurrido el dia en que el arcediano habia estado de visita con cierta señora viuda, y él entónces recordó que habia tomado el dinero. Por supuesto que llamó al criado, le pidió mil perdonos y volvió á colocarle en la casa; pero le decia Serna: «Yo quisiera, primo mio, que usted diese una disculpa que tenga visos de tal respecto de este lance. ¿No se le ocurría á usted que aquel dinero, pues que no era de usted, era de alguno? ¿Que aún suponiendo que nos hallemos en el siglo de oro, la comunidad de bienes no autoriza á coger, sin decir nada, lo que ya está destinado á otro objeto? ¿Que el orden público y la sociedad no subsistiría dos horas entre la especie humana, si el principio de usted se estableciese?» Y el buen primo decia avergonzado: *los acaloramientos de la compasion!*

Volviendo á hablar de mi propio, quiero satisfacer á mis lectores sobre una cuestion la más interesante á

casi todos los que leen biografias. Es á saber: usted, señor SOMOZA, en resumidas cuentas, ¿ha sido feliz ó no? Y van á quedar pasmados cuando me oigan responder afirmativamente; que lo he sido y que lo soy. Señores, hablemos claros. Yo, porque ustedes no quieran creerme, no he de dejar de decir la verdad. Quizá nuestra divergencia consistirá en no entendernos; ustedes sin duda tienen más sublime idea de la felicidad, y la reconocen sólo en el estado de éxtasis, por ejemplo, de un novio enamorado en el dia de la boda. Yo cuento por feliz todo momento en que puedo decirme: *no estás mal*. Digo, pues, que en mi vida han superado *los ratos no malos á los ratos malos*. Y cuenta que he sufrido dolores y que tengo achaques. Desde mi juventud, y de resultas de un juego de pelota, he padecido el mal que los facultativos denominan el cálculo ó la piedra. Me ha dado malos ratos en verdad, pero no los tormentos continuos que dicen que acompañan á este mal; y atribuyen los médicos esta fortuna á que la piedra es obtusa. Con las pesadumbres grandes que tambien me han affigido, tambien me ha sucedido lo mismo; el tiempo las ha hecho obtusas. Otra razon (quizá la principal) de no haber yo tenido *muchos malos ratos*, ha sido mi situacion, y el haber nacido en aquella mediana, *ni envidiada ni envidiosa*, que dijo el poeta. En efecto, el que para vivir y para colocarse tiene que empujar á otros y arrojarlos de su puesto, ó arrostrar los peligros y los precipicios por donde se camina á la fortuna, ha de padecer muchas adversidades; y tambien, por otro estilo, el que para ser feliz necesita figurar, ostentar, ensancharse, encaramarse en alto; es decir, que no sabe ser feliz de incógnito; este tal, por lo mismo que excita la envidia general, tiene que acarrear muchos adversarios. El que salve el tropiezo de la vanidad, cuenta con que todo el mundo le dejará ir en paz por su camino. Los hombres, cuando no se les humilla, no exigen ni siquiera que se les haga bien; se dan por muy contentos de que no les hagan mal. Mas ¡ay del que se pone en guerra abierta con el amor propio de la sociedad, sea de obra, sea de palabra, sea con el buen fin de reformarla! El defecto mayor en mi carácter, el más perjudicial á mi felicidad, ha sido una inclinacion irresistible á la burla y al epigrama en la conversacion; pero protesto aquí solemnemente que cada chanza ó donaire que ha salido de mi boca, y que ha hecho reir á algunos á costa del inocente á quien he visto corrido y sonrojado en mi presencia, me ha privado de sueño y de sosiego por una ó por muchas noches, y que mi corazon y mi memoria han sabido vengar completamente al ofendido.

Tengan esto entendido mis amigos y mis conocidos, para quienes escribo esta memoria, que concluyo aquí, y que tal vez continúe si continúa mi vida.

*Piedrahita, 30 de Octubre de 1843.* — JOSÉ SOMOZA.

#### MI PRIMERA SENSACION BENÉFICA.

(FRAGMENTO.)

Á los diez años daba yo malas muestras de mi persona, y mis travesuras eran ménos inocentes que las de los otros niños. En el tiempo de los nidos corria los campos, trepaba á la copa de los más altos álamos, escalaba las puntas de los riscos cubiertas de hiedra, penetraba los bosques más sombríos; ni perdonaba, como los otros chicos, á la alegre golondrina que habita en el hogar del labrador; ántes bien acechaba la ocasion en que éstos acudian á sus labores para abrir sus ventanas